



GOIKO-KALE

Por David María TELLECHEA

Las ruedas de la carreta chirriaban al subir la cuesta. El paso cansino de la yunta de bueyes resonaba en la tarde, sobre los adoquines. El cielo amenazaba lluvia. Un mugido. Y los morros babeantes, en perpetua rumia.

«Oooooo...».

El chirrido calló. Y el carro. Quieto. Las reses patearon por un momento la calle. Y, al fin, sólo siguieron rumiando. Oyóse la puerta de la taberna con un golpe seco.

De la torre, se esparcieron por la calle tres dobles campanadas.

Alguna figura, envuelta en luto, bajaba la cuesta hacia la iglesia.

Volvió a sonar la puerta de la taberna. Y las piedras de la calle.

«Aidaaaaa...».

Las ruedas de la carreta chirriaban al subir la cuesta. El paso cansino de la yunta de bueyes resonaba en la tarde, sobre los adoquines. El cielo amenazaba lluvia. Un mugido. Y los morros babeantes, en perpetua rumia...

«Sardiñaaaa...».

La última vocal de la serie quedó flotando. En el aire. Había fragancias de sidra. La cesta se posó en el suelo. Y las sardinas fueron contadas con celeridad. Abajo, en la esquina, un rebuzno. Luego, otros. En el portal, sonido de marmitas. Una mujer, abrazando panes, cruzó la calle.

La pescadora hablaba. La cesta, al sol, sobre su cabeza. Encima, las moscas. Volaban. Las golondrinas sobre los tejados...

Sordo ruido de pasos. Cuchicheos. La cruz, enhiesta, frente a la comitiva. La caja, negra. De pino, quizás. Balanceándose... La cruz... La caja...

En las ventanas, caras mudas, silenciosas. La campana toca en la torre. Muy lentamente. Como cansada.

Al llegar al cementerio, el cura lee los latines. Los cipreses se mecen con la brisa de otoño. Las gentes, calladas, boina en mano. Respetuosas. Luego rezan...

Ya bajan por la calle. Esta vez, la cruz y el cura, muy por delante. Vienen en grupos, charlando. Los crios juegan. Gritan. En las ventanas, caras mudas, silenciosas. Y un perro ladra, furioso, al paso del monaguillo. Y la cruz. Balanceándose, desaparece calle abajo. Y en las ventanas, caras mudas, silenciosas...

— — —

Ha llegado el invierno. Y los adoquines se han soldado con hielo. La niebla cubre la plazoleta. Niños, cartera en mano, bajan la cuesta, patinando sobre las piedras. Una mujer, con mantilla, les riñe. Uno cae. Risas.

Sube un cura, cauteloso, pegado a las paredes. Los niños se paran. Besan su mano. Saludos. Al barrendero que empuja la carretilla.

La fuente está seca. Recibe una pedrada. El metal, sonoro, se queja. Repique de verjas. Y luego, silencio...

— — —

...silencio en la calle. De vez en cuando, de algún alféizar, surge el canto del grillo. Calle abajo, la iglesia, pétrea. Y más abajo aún, el túnel. Hacia arriba, los dos antiguos torreones. Más allá, en el recodo, el cementerio.

Suena el reloj de la parroquia. Es medianoche.

La luna, pálida, asoma tras una nube. Y su resplandor, dora las piedras. De la calle. Surge un maullido. Sombras rectilíneas. Ojos resplandecientes. Es medianoche...

— — —

Esto es,

Aunque sólo sea en el recuerdo...

Aunque la cubra el olvido...

Aunque haya cambiado su nombre...

Aunque desaparezcamos quienes la conocimos así...

...GOIKO-KALE.